

UMBERTO PASTI

PERDIDO EN
EL PARAÍSO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Perduto in Paradiso*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Umberto Pasti
© de la traducción, 2020 by José Ramón Monreal Salvador
© de la ilustración de la cubierta, Ngoc Minh Ngo
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17902-30-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 4618-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Christopher Gibbs, guía y
compañero en la Arcadia ye-
balí desaparecida.*

*Con todo mi agradecimiento
a Clara Pastor y a Luis Arias.*

*Altissimo e confuso, il paradiso
della mia vita non aveva ancora
volto.*

SANDRO PENNA

En cuanto a la paleoetnología..., tras el embargo de mis bifaces amigdaloides, de los cuchillos predinásticos y de los restos enterrados a orillas del Delta el vicio del coleccionismo lo he perdido... y, sin embargo, no sé renunciar a clasificar los materiales líticos ni a recoger las especies botánicas autóctonas...

DOCTOR PASTICHE

Ésta es una historia que no tiene principio. Fue el segundo o el tercer año, pensé que sería bonito bajar a la playa a lomos de un elefante. En un club londinense conocí al tío de una amiga, un renombrado *mabout*, un montador de elefantes. Entre trago y trago de vodka con martini, me explicó que los africanos no eran adecuados para mi caso. Imposible domesticarlos. Debíamos traer uno de la India. El camino era largo, pero hasta Asia Menor no tendríamos ningún problema. ¿Conocía a Focio, patriarca de Constantinopla, que en el siglo IX describía a los habitantes del Cáucaso como provectos cabalgadores de paquidermos? Pero atravesar África del Norte sería duro.

—¿Y Aníbal?—pregunté—. ¿Y Asdrúbal?

Pidió otro vodka—el cuarto o el quinto—, y me respondió que los tiempos habían cambiado.

—Y además, ¿tienes con qué dar de comer y de beber a uno de esos animalotes?

La misma pregunta que me había hecho Stephan. Vivía en un lugar árido, la hierba a duras penas era suficiente para las ovejas y las cabras. Claro que mi *Dumbo* viviría en el Ghdir Ghiddane, una bonita charca no lejos del jardín, donde uno de los hermanos Bando se ocuparía distraídamente de él. Pero ni durante la peor crisis de optimismo—se las puede padecer igual que las depresiones—habría soñado con poder producir hierba, hojas y verdura suficientes.

—Será mejor que te preguntes para qué quieres un elefante—fue la conclusión del *mabout*.

Y con una sonrisa enigmática y una palmadita en el hombro me dejó solo en la biblioteca del Travellers Club.

No debía devanarme los sesos. Aquí en Rohuna hacen falta elefantes y hay necesidad de mamuts. Basta con mirar el valle, el pedregal infinito, el mar. Es un lugar arcaico y solemne, donde uno confunde a los perros con unicornios, y las vacas, de regreso a la puesta del sol, si no prestas atención, se transforman en Minotauros. Un extraño lugar, donde las especies se confunden entre sí, y los reinos se invaden el uno al otro engendrando híbridos, chicos-sardina, hombres-olivo, mujeres-obsidiana y mujeres-gaviota, así como viejos pastores hechos de raíces y líquenes. Un elefante vendría de perillas.

Me dedico a vagar por entre las terrazas. Las de Bando, el Jardín del Inglés, el Jardín del Portugués, el Jardín del Italiano, la exedra, Luxor, el Jardín de Sombra, la Sala del Trono... Mientras mi ojo recorre los helechos de Boston y se posa sobre el grupo de la *Clivia caulescens* en flor—penachos de ave fénix de color anaranjado con el borde pistacho—, pienso como siempre en el dragón Míng que es el santo protector de todas las clivias que planto y que quisiera plantar. La veo. El corazón me da un vuelco. Está en un pequeño vial. La reconozco por el cuernecillo. La cabeza del sapo (¿un descendiente de Giuseppe, el que se comía el camembert con una zarpa mientras tenía la otra posada sobre mi mano, con una condescendencia de viejo gran duque?) ya ha desaparecido entre sus fauces. Los ojos, clavitos de bronce, flotan sobre un abismo oleoso de voracidad. Muy lentamente, milímetro a milímetro, se traga el resto del cuerpo. Una de las patas traseras del desventurado bisnieto continúa moviéndose, un reflejo nervioso a pesar del veneno que le ha inoculado. Ella está concentrada, es una estupenda chicarrona musculosa que va a lo suyo. Observo

el dorso ambarino salpicado de máculas de color tabaco, la cola ahusada, en forma de fusta. Me he acercado demasiado. Molesta, la rubia comienza a dar marcha atrás arrastrando su presa. Contengo el aliento y me siento en un murete, a dos metros de ella. La cola ha desaparecido por una grieta entre las piedras de la escalera que lleva al salón rojo de Najim. Pero el sapo, ya rebozado de polvo, no puede pasar. Resignada, y furiosa, ella me mira y sigue engullendo. Pocas veces he estado tan cerca de una criatura tan emocionante. Llevamos viviendo aquí hace dieciocho años. No es un *liofante* ni un dragón, sino la *Vipera latastei*, el único reptil de mordedura letal del norte de Marruecos, que vive aún con nosotros.

Diecinueve años atrás. Hay una bruma que se puede cortar con un cuchillo. Y un cuchillo es lo que me pone en la mano Ahmed Charqoui cuando, tras dejar el libro, le anuncio que me voy a dar una vuelta. Estamos en la playa, en las Rocas de los Cuervos. Le pregunto por qué.

—*Gressage*, agresores. Confianza, amigo.

Me encamino hacia la rompiente, no veo a dos metros, el océano hierve como una olla escondida.

—¡*Nazrani*, extranjero!

La voz es como un trapo que se desgarrar, luego tres sombras, e inmediatamente tres caras y tres tórax desnudos; levanto el brazo..., han desaparecido. Blandía el cuchillo. Vuelvo sobre mis pasos. Charqoui rompe a reír.

—Corrían como liebres. Tres chavales de Beni Melek. Querían robarle al *nazrani*, han dicho que no era un *nazrani*...

Nuevo ataque de risa. Cabeza atrás, garganta hacia fuera, parece una monja borracha a base de licor de nueces.

—Han dicho que era un *djinn* con una cimitarra, uno de esos duendes que protegen los tesoros escondidos...

Al día siguiente es cuando descubro el poder de los *djinns*. Y mi tesoro. Charqoui ha decidido que es el momento de enseñarme su pueblo.

—Es donde viven esos niños que tanto te gustan. Los que atemorizan a tus amigos.

La primera vez que estuve en este pedazo de costa, hará

un par de meses, dos de mis invitados que estaban tomando el sol le habían quitado el balón a un grupo de chiquillos. De vuelta de mi paseo, me los encontré en el mar, bajo una lluvia de piedras de esa caterva de corsarios en ciernes, a la que logré aplacar con unos cigarrillos, no pocas disculpas y devolviéndoles el balón.

—Me gustan estos pequeños que saben defenderse.

Pero ninguno de mis invitados extranjeros había querido ya acompañarme aquí.

Charquai y yo hemos subido a lo largo del río, atravesando las dunas de color rosa, el pedregal, los campos de centeno y los trigales abrasados. Con los sombreros de paja adornados con un pompón de lana, cubiertas con sus *mendil* a rayas, montadas sobre los mulos, aparecen dos viejas en el sendero. Intercambio de saludos. Me observan con abierta curiosidad.

—¿*Nazrani*?

—Sí, *nazrani*—responde Charquai.

—¿De dónde?

—Italiano.

Asienten.

—¿*Taliano* está en España o en *Inglisi*?—pregunta la más vieja.

Charquai me traduce.

—En otra parte—respondo.

Asienten y se van, erguidas a lomos de sus cabalgaduras sin silla, caracoleando como guerreros navajo.

Casi estamos en la cima. Superamos un paso entre matorros de lentisco. Hay una higuera secular. Exhausto, me dejo caer en su sombra. Contemplo el valle, el mar. Nunca he visto nada parecido en mi vida. Con la cabeza apoyada contra el tronco, vuelvo a pensar en las dos mujeres y me duermo. Han entrado ya en mí.

Son palabras sin una ilación lógica, boca, barbechos, paja que te amamanta, dichas con una rapidez loca, con el timbre crepitante de un incendio que se propaga. Me he despertado, me tiemblan las manos, alzo los brazos y señalo un punto y luego otro. Charquai me mira preocupado. Es mi cuerpo, mi cuerpo se ha convertido en este lugar, este lugar ha sido siempre un jardín. «Allí está la exedra, aquí los tres huertos, allá la casa de verano, el sendero que lleva a la Sala del Trono, el primer escalón, los bancales de las tomatas...». Tengo fiebre.

—Calma, amigo.

—Pero si estoy de lo más calmado. Tengo que venir a vivir aquí.

Me traslado dos días más tarde.

Rohuna es el centro del mundo. Es un pueblo de unas quinientas almas y de una cincuentena de casas en la costa atlántica del viejo Marruecos español, a dos días de camino de Tánger, entre Asilah y Larache. Casas de piedra con revestimiento de tierra y encalados, con techumbres de cinco de chabola, asomadas a unos jardines delimitados por barreras de chumberas. Alguna construcción moderna, de cemento armado y casi siempre inacabada, atestigua la fortuna de su propietario en el tráfico de hachís. La región se llama Sahel Shamali: colinas bajas junto a playas lunares. Aquí y allá se abre un valle al mar. Viniendo del norte están Tenda-fel, Dmina, Beni Meslem, Rohuna, Beni Malek, Misghelf, Cherqallel, Charrouah (dos o tres mil campesinos llamados *sabli*, ‘costeros’). Debilitados por el clima (lluvias torrenciales en invierno y un horno en verano) y por los sueños celestiales provocados por el kif, en sus magros campos arrebatados a las piedras cultivan cereales o legumbres. A su alrededor, rocas y nada más que rocas, entre las que crecen palmeras enanas, jaras, cardos y lentiscos, las plantas indigestas para las cabras. Escasez de árboles en este mundo desolado: alguna que otra higuera, algún granado, grupitos de algarrobos y de olivos plantados en otros tiempos de precipitaciones más abundantes y de cierto optimismo. Sólo los acebuches son espontáneos. El bosque comienza al sur, un alcornocal plantado durante una reforestación franquista que llega a rozar las ruinas de Lixus, la más importante ciudad romana de la región, y que se interrumpe a orillas del río Lukus, más allá del cual está resguardada la

medina de Larache. Es a este bosque adonde vamos con los jardineros para hacer un picnic, cuando queremos reírnos de los problemas que nos han atormentado y de los conflictos que nos han dividido. Nuestro rito de reconciliación concluye abandonándonos con todo nuestro peso sobre los brezos y los viburnos, que nos impiden caer, nos sostienen y nos acunan mientras, oscilando, nos sujetamos de la mano.

La llanura se interrumpe tras una veintena de kilómetros contra las montañas de la comarca de Beni Aros. Son las montañas sagradas de mis yebalíes. En los bosques impenetrables que recubren las pendientes, en las torrenteras donde vive el macaco y se cultiva el cannabis, donde entre las adelfas y los arbustos de sauzgatillo cubiertos de espigas violeta discurren riachuelos que riegan pequeños campos de melones, se refugió la aristocracia mística edrisí cuando la primera capital del país unificado fue conquistada por los fatimíes y por sus aliados miknasa. En la más alta de las cumbres, sobre las rodillas de Dios, el Jebel Alam, se retiró a vivir en meditación y oración el «faro de Occidente», el místico más importante del Magreb, Moulay Abdeslam ben Mchich: la peregrinación a su tumba, para quien vive por estos pagos, es una acción tan pía que supone la exención del precepto que impone a cada musulmán el *bach*, la visita a la Meca. En las cañadas y caminos de herradura frente a pequeñas mezquitas y escuelas coránicas al borde de oscuras gargantas, me he encontrado algunas veces un *beddawa* andrajoso con la cara cocida por el hachís y por el sol que, desgranando las cuentas del rosario, con la baba en la boca, salmodia una sura del Corán (en una ocasión, uno de ellos me abrazó y me metió la lengua en la oreja, aunque tampoco es raro que me miren con hostilidad y escupan al suelo: más a menudo me ignoran). Fueron los grandes jefes de estas tribus los que contribuyeron a la derrota de los por-

tugueses en la batalla de los Tres Reyes, en los alrededores de Ksar el-Kebir. La euforia de la victoria, el odio religioso exacerbado por el desagrado derivado del contacto con los infieles (Tánger había sido dominada por los portugueses y por los ingleses antes de ser reconquistada por el gran Ghailan, un soldado de fortuna nacido en estos lugares, con el ceño fruncido de mi Farid), la xenofobia yebalí teñida de misticismo aristocrático, en suma, y el aislamiento de estos montes, la convierten en una de las poblaciones más cerradas y conservadoras de todo Marruecos: gente de cuidado.

Pero no todos los *sabli*, mis vecinos de casa y jardineros, son yebalíes. Hay también rifeños. Algunos habitantes de nuestra aldea llegaron durante las terribles hambrunas que en los años cuarenta y cincuenta castigaron el Rif, ya extenuado por la represión que siguió a la guerra contra España. Mi viejo amigo Hammadi me contó en una pálida mañana otoñal, tumbado cerca de sus vacas mientras pastaban, que había llegado aquí de niño, con cinco, seis o siete años (entonces no se llevaba la cuenta), después de que su familia se hubiera separado en el valle de Beni Aros, porque era imposible encontrar suficientes raíces para dar de comer a padres e hijos.

—Había visto a gente comer cadáveres, te lo juro por Alá, son cosas que no se olvidan. Aquí me acogió una buena gente, pan y un poco de leche por guardarles las ovejas y las cabras...

Tras sacarse la petaca de tabaco de un bolsillo de la chilaba, vertió un poco en el hueco entre el pulgar y el índice y lo inhaló. Luego, con un centelleo en sus ojos acuosos por las cataratas, exclamó:

—*Hamdulillah!* Hoy tengo tres vacas, doce ovejas, dos chavales que trabajan y dos hijas casadas. Y una mujer a la que honro una vez a la semana.

Al cabo de casi veinte años debo resignarme: son muchas, muchísimas, las cosas que no sabré nunca sobre mis jardineros y sus familias. Son una mezcla de yebalí, de edrisíes originarios de Fez y de Mulay Idrís, de klot—la gran tribu de la región de Larache—, amén de árabes hilalianos, esa multitud de harapientos provenientes del Hiyaz que acabaron naufragando en las llanuras atlánticas del Magreb, los mismos que aún hoy, con desprecio, se llaman *arobi* (o *arobia*, ‘la cosa árabe’). Además, una nuca rizada, el perfecto cincelado de la oreja, la vulgar brevedad de la frente revelan inmediatamente la sangre de los colonos romanos. Y la distinción de casi todos mis amigos, el valor y una cierta violencia, herencia de su pasado de carniceros de basilosaurios en este mar donde las sirenas no han osado meter nunca la cola, me evocan—sobre todo en mayo, cuando los mirlos causan estragos en los nísperos y se siembran los crisantemos segetum—el período azul y oro en el que, allende las Columnas de Hércules, se establecieron cartagineses y fenicios y, veinticinco siglos antes que yo, junto a los altares cubiertos con la sangre de niños inmolados a la diosa, plantaron sus Jardines de las Hespérides, protegidos por murallas de conchas de múrices marinos hervidos para extraer la púrpura.

Entonces conocía poco este país, a pesar de haberme comprado una casa en Tánger, donde había pasado unos cuantos veranos en la playa y en las cenas de los últimos miembros de la colonia extranjera, y algún invierno en el que había roto el hielo con la riquísima flora autóctona. Un viejo inglés con un papagayo en el hombro me había contado anécdotas de los tiempos de la ciudad internacional (los nombres eran siempre los mismos: Barbara, Truman, Tennessee, Paul, Cecil); cuando tenía ganas, iba a perderme en un mar de *Iris tingitana* o entre las pensiones de la medina, pero no imaginaba la existencia de ese grandioso Marruecos agreste. Nada, en mi vida, me había preparado para esta transformación terrible. Estaba aquí, apoyado en el tronco de la higuera bajo la cual estoy escribiendo, y como un gusano que muda en ninfa o una ninfa en mariposa me estaba convirtiendo en un jardín. Yo, un hombre de cuarenta años, era arriates y escaleras y terrazas. Quedaban tierra, arbustos y setos donde había habido sangre y pensamientos. Tenía los terrones donde había tenido los cabellos. Pero era un jardín sin agua, al que se llegaba andando fatigosamente durante horas entre piedras candentes, sudorosos, sedientos, con las piernas molidas. Fue mi buena estrella la que puso estas dificultades en mi recorrido: de jardín, para poder existir, ser yo mismo, me vi obligado a transformarme en jardinero.

No había tiempo que perder. A decir verdad, había un poco de agua: un pozo de muy escasa profundidad, al pie de una roca cubierta de líquenes. Filtrándola con un pañuelo

era posible beberla. Si llenabas un par de latas de conserva, el pozo se vaciaba, dejando a los renacuajos retorciéndose y chupando la humedad del fondo, aunque al cabo de una hora estaba lleno de nuevo. De detrás de un lentisco apareció la cara de un mozalbete; Charquai me presentó a su amigo Farid. Benditos sean el día y la hora: sin Farid, el jardín de Rohuna no existiría.

De catorce años, fuerte y menudo, con la cara chupada, unos ojos oscurísimos bajo unas pestañas de muñeca que contrastaban singularmente con las cejas pobladas, de adulto, Farid, que pertenecía a una de las familias más pobres del pueblo, había sido durante años esclavo de una pareja sin hijos: le daban de comer y una cama a cambio de dieciséis horas de trabajo diario, en los campos, en el huerto, con los animales, de ir a la fuente a por agua. El domingo, día de libertad, podía ir a su casa con un pan para su madre. Le di trabajo tras el primer apretón de manos. Derrochaba vitalidad. Dormir a la intemperie era peligroso, me explicó; las tarántulas, los ladrones, los vagabundos y... Charquai lo fulminó con la mirada. Teníamos que construir una *nuala*, una cabaña, prosiguió, para la noche. Y corriendo valle abajo se llegó hasta el río—llevaba una camiseta roja, era un puntito rojo—, porque en las orillas crecía el *Arundo donax* que necesitábamos para las paredes.

Yo lo observaba mientras limpiaba las cañas con un gran cuchillo y las juntaba usando la cuerda que había trenzado con fibras de palmera enana; estaba fascinado por sus gestos. En los días siguientes, comiendo el exquisito estofado de alondras que había cocinado tras una batida de caza (podía matar cualquier pájaro a cuarenta metros de distancia con una simple pedrada y con la sola ayuda de las manos), o viéndolo frotarse la pierna herida con cierta planta de virtudes cicatrizantes, rebosaba de admiración: en mí,

este sentimiento iba acompañado siempre del deseo de entablar una amistad. Conocía cuarenta palabras de árabe en total, era mucho mayor que él y casi incapaz de moverme en la naturaleza en la que él se escurría como un pez. En resumen: tenía poco que ofrecerle, aparte del entusiasmo y el buen humor. Farid tuvo la magnanimidad de contentarse con ello, y fue así como aquellas primeras noches, charlando y riendo, nos hicimos amigos.

Pero había también argumentos serios, muy serios, que eran objeto de discusión. Charquai, con su español aprendido en la playa, hacía las veces de intérprete. Casi de inmediato comenzamos a trasplantar en torno a nuestra cabaña—que ahora tenía una bonita techumbre de hojas de palma prensadas con arcilla—pequeños arbustos de aliso marítimo, que huele a miel y atrae a las abejas. Luego, espontáneamente, gracias a nuestros riegos con la cacerola traída de casa de Farid, había nacido una adelfa. Así, después de cenar, ilustraba a mis dos jóvenes amigos sobre mi proyecto: nuestro jardín sería vasto, vastísimo, plantado de especies silvestres, todas las que florecían al norte de Marruecos, jaras, que en árabe se dice *shtep*, heliantemos (no tiene traducción), arrayanes (*rehan*), tomillos (*sabtar*, como el orégano), madroños (los *buchannu* de tantas cantinelas que aprendería en los años venideros); nuestro jardín sería una gigantesca arca de Noé, de Noah, en la que pondríamos a salvo todas las plantas bulbosas amenazadas por el desarrollo que se había abatido recientemente—como plaga de Egipto—sobre nuestro país; nuestro jardín recibiría la sombra de los frutales, melocotoneros, albaricoqueros, perales, membrillos, granados, higueras—«y también los *kruma*, los algarrobos que saben a *chocolate*», añadía Farid—, una celebración de la flora y de la vida campestre marroquí en este terreno que domina un paisaje solemne como la aparición de un dios.

Tanto él como Charquai asentían con gravedad. Sosteniendo que tendría necesidad de un mayor número de ayudantes, Charquai trajo una noche a su hermano Mustafá, que era el mejor amigo de Farid. Menudo también él: bigotito rubio (se lo afeitaba cada dos días, en seco, para hacerlo crecer más poblado), los ojos de cristal azul, como tantos bereberes del norte, Mustafá llevaba un imponente gorro de pelo ruso que le hacía parecer aún más pequeño y más delgado, regalo, me dijo, de un amigo emigrado «a *Alemaní*», donde, como es sabido, siempre hay mucha nieve, mucho *telj*. Parecía un niño disfrazado de tártaro. Ahora éramos cuatro, por la noche, para discutir bajo las estrellas, envueltos en una nube de humo de kif, pidiendo un deseo cuando veíamos caer una: un *nazrani* burgués cuarentón y tres campesinitos musulmanes. Ninguno de ellos, me enteré con asombro, había estado nunca en Tánger. Una vez en Asilah y un par de veces en Larache, donde vivía «la patrona», y las señoras, mientras aceptaras que se bajasen los pantalones sin quitárselos, dejaban que se lo hicieras a cambio de diez dírham, un poco menos de un euro, una suma discreta pero aún asequible, si los lunes acompañabas a la mamá al zoco para vender las patatas y los huevos.

Pero no fue sólo un idilio. Había ido a Asilah para avisar a Stephan. No lo llamaba desde hacía algunas semanas, y me pareció que estaba perplejo. Además, tenía que comprar el terreno en el que ya vivía sin tener derecho a ello. Desconcertado, tras complicados cálculos nocturnos de mis amigos y protectores, acabé por enterarme de que los propietarios eran veintidós. Yendo de casa en casa—era la primera vez que exploraba el pueblo, y me pareció una preciosidad—, conseguimos encontrarlos a todos, casi a todos. Pero una tal Zorah ya no vivía aquí. Por más que hubiera pagado a todos los demás el traslado hasta Asilah, y Farid y Charqoui les hubiesen suplicado que acudieran a la cita de los *adul* (los notarios musulmanes), la primera vez nadie se presentó. La segunda, acurrucados en la acera de enfrente de la notaría, al que se accedía atravesando el taller de un tapicero, había un par de viejos que masticaban tabaco. Nadie me tomaba en serio.

Mis ayudantes se pasaban la noche discutiendo el tema en el pueblo, dejándome solo en la cabaña. Mis proyectos, lo confieso, asumían proporciones delirantes. No fue hasta la décima, o la undécima vez—y cada mañana debíamos caminar seis kilómetros hasta la pista, esperar un taxi colectivo, apretujarnos en el habitáculo—, cuando los propietarios se presentaron todos ellos. Pero faltaba Zorah. Sin la huella de su pulgar, la escritura de compra no sería válida. Apiadados por mis súplicas y por mi aspecto (el sol me había ulcerado la cara, desde hacía días no me afeitaba ni lavaba), y divertidos por tanta obstinación—habría sido

imposible reunir a esos campesinos desconfiados una segunda vez—, los *adul* aceptaron que firmasen todos los demás. La encontramos algunos días después, en una barriada maravillosa de las cercanías de Tetuán, a un centenar de kilómetros de aquí, gracias a la eficacia del teléfono árabe («¿Zorah de Rohuna? Siga el cauce del río; luego al sur, pasados los cipreses, pregunte de nuevo en la mezquita...»). No recordaba ni siquiera haber recibido en herencia de su madre una octogésima parte de aquel terreno, pero le regalé el dinero. Charquai consiguió convencerla para que nos siguiera, obviamente acompañada por los tres hijos, el marido, la suegra y una prima de la suegra.

Una vez resueltos los trámites burocráticos, pudimos comenzar a trabajar. El terreno, una hectárea y media de piedra en la que crecían un eucalipto, tres higueras, un grupo de granados y un naranjo muy deteriorado, era mío, o mejor dicho, si observamos esa ley marroquí que impide a los extranjeros poseer terrenos fuera del perímetro urbano, era de Shusha, la hija de nuestros caseros de Tánger: lo festejé orinando en sus lindes, consciente de los esfuerzos que me aguardaban. La tierra era pobre, calcárea, en ciertos puntos arena, en otros una arcilla casi inerte que habría resultado más adecuada para tornear vasijas que para plantar árboles. Había que transformarla. Debía traer aquí una buena tierra vegetal, de bosque: por eso tenía que encontrarla en Tánger, cargarla en un camión, hacerla descargar en Blanco (el punto de la pista más próximo al pueblo), llenar allí sacos de arpillera de los que se usan para la harina, izar los sacos sobre las albardas de los mulos que mis vecinos estaban dispuestos a alquilarme, diez, doce, algunos días veinte: una caravana que serpenteaba yendo y viniendo, y que sólo se interrumpía por la noche, hasta que la carga de cuatrocientos camiones, en enormes cúmulos pardos

y humeantes, fue depositada a la entrada de nuestro jardín.

Perder esta tierra magnífica, este mullido maná en el que hundía las manos invitando a mis amigos a olfatear el olor, habría sido una locura: enseguida comencé a construir muretes de piedra seca para terraplenar el suelo, de modo que la lluvia y el viento no pudieran ejercer su devastadora labor de erosión. Las piedras, afortunadamente, abundaban. Y ya se sabe, una cosa lleva a la otra. Como ahora ya había comenzado a organizar el jardín—sin que me diera cuenta, ya trabajaban con nosotros unos cuarenta chavales—, Farid, siempre Farid, me había sugerido comenzar por construir una casa: vivir en la cabaña, bajo las gélidas lluvias invernales, era desaconsejable.

Los *mellemin*, los maestros albañiles, los trajeron aquí Farid y Mustafá. Zinc, un viejo enjuto y malhumorado, siempre de lo más elegante, era el abuelo de Farid: tras ajustarse el sombrero ladeado que llevaba sobre un gorro de lana amarillo canario, me contó que era él quien, en sus buenos tiempos, en las fiestas de Ashura se echaba sobre los hombros una piel de cordero y, transformado en animal, agredía a los niños más guapos, que huían aterrados. De pronto, todo aquello se había acabado. Hizo un mohín de desagrado. Y volviéndose a anudar el pañuelo de flores en torno al cuello, añadió: «Ahora está la policía, y ya no es posible divertirse». El Abejas, primo de los Charquai, era llamado así porque hasta hablaba con ellas, y me dio una prueba de ello alejando con un silbido el enjambre que siguiendo a una reina se estaba posando sobre nosotros. Gozaba de una cierta fama porque, en los buenos tiempos anteriores al acuerdo de Schengen, había seguido a una madura ama de casa española hasta los suburbios de Valencia, donde se había quedado unos meses. No se estaba callado ni un minuto. El día en que me pidió que le prestara dine-

ro para pagar al barbero que había operado a uno de sus hijos, el elogio que hizo del pene circunciso—limpio, liso y perfumado—duró media tarde.

Poco a poco la casa iba saliendo de la tierra. Los sacos de cemento eran descargados por los mulos y mezclados con la arena y el agua del manantial (que tras una excavación manaba con más abundancia). Por todas partes, a mazazo limpio, se rompían las piedras. Vivíamos en medio de una nube de polvo. Pero al atardecer llegaba la paz. Ahora dormíamos envueltos en viejas mantas militares. Los sapos venían de visita. Los búhos trenzaban sus complicadas danzas de cortejo. Las lucecitas de las barcas de pesca brillaban en el océano cual pequeños diamantes. Era feliz. Pese a haber vivido siempre en la ciudad, nunca me rozó ni una sombra de duda. Ni siquiera frente a la reacción de Stephan, que finalmente, aprovechando unas cortas vacaciones, vino a verme. Le enseñé la casa en construcción (una sola habitación amplia), el Jardín de Sombra—a decir verdad aún atrasado—, el sistema de terrazas que se convertirían en el Jardín del Inglés, el Jardín del Italiano, los espacios que albergarían los tres huertos, la futura terraza de poniente, el ángulo que yo llamo Luxor porque algo—quizá el modo en que la luz acaricia las palmeras—me recuerda a Egipto; luego habíamos ganado la parte alta, que domina la pendiente que se transformaría en los jardines yebalíes florecidos de rosas de Damasco, de lirios y geranios. Y enfrente de esa tierra seca, con el polvo que nos quemaba los ojos, ensordecidos por el estruendo; concluyó: «Sólo nos faltaba el paraíso. Pero aquí no nos perderemos». Su sonrisa era alentadora.